



## El proselitismo farmacéut

En la actualidad, los medicamentos constituyen una herramienta importante en la relación médico-paciente y uno de los factores fundamentales de la asistencia sanitaria en la Atención Primaria. El fármaco supone un punto de encuentro entre el profesional que lo prescribe y el paciente que lo recibe. A través del medicamento el paciente se dirige al médico, a través del medicamento recibe salud y mejora la calidad de vida. Las medicinas son vehículo de educación sanitaria: se les adhieren consejos, la evitación de factores de riesgo y con ellas se tratan sus dolencias. Son vectores de salud que, utilizados con racionalidad, no tienen rival en medicina. Entran en escena cuando el paciente está más necesitado, ansioso de recibir su curación, convertido en receptor universal de todo lo que aconseje el médico. Gracias a los medicamentos ha aumentado la esperanza de vida en más de 15 años, y sobre todo la calidad de vida de esos años. Todo lo expuesto ha propiciado que cuanto rodea al medicamento sea de enorme atracción: su investigación, su control, su prescripción, su dispensación y venta, su uso, hasta hace poco, en compartimentos bastante bien definidos y regulados.

Hoy en día el gasto en farmacia supone 1 billón trescientos millones de pesetas (casi el 30% del presupuesto del Sistema Nacional de Salud). Si tenemos en cuenta el baby-boom de los años cincuenta-sesenta, esas cantidades se exponenciarán a medida que aquellos niños desarrollen enfermedades crónicas a partir de los 45-50 años. Así mismo, desde estas líneas se quiere constatar que sin ningún tipo de publicidad el consumo de medicamentos aumentará significativamente en los próximos años, sin necesidad de faltar ni a la ética, ni a la deontología profesional.

El desgaste político que supone para las Administraciones la intervención en el control de la demanda de medicamentos por parte de los pacientes ha puesto en marcha otras iniciativas, entre ellas la conducta aversiva: no se controla la demanda de medicamentos por parte del paciente, pero se recrimina al médico su "mal y excesivo uso", lo cual propicia a su vez que aquél busque satisfacción a sus peticiones fuera de las consultas del sistema público de salud, en las oficinas de farmacia; máxime cuando, en muchos casos, las consultas médicas están saturadas y el médico no recibe nada a cambio. En las farmacias ocurre exactamente al revés: el farmacéutico/mancebo desea que a su tienda vaya cuanta más gente mejor, pues siempre se le sacará beneficio. Prima el comercio sobre la profesión.

Al albur de esta situación los farmacéuticos ven, una vez más, la oportunidad de incrementar desmesuradamente sus ingresos; se inventan, además, la atención farmacéutica; se olvidan de la ética, la deontología profesional y la Salud Pública. Todo con la anuencia de la Administración Sanitaria, Estatal y Autonómica, que permite, en su ingenuidad, que se trate al medicamento de manera similar a un producto de consumo más, como los de limpieza, en campañas de difusión en televisión y prensa, con la idea de que abaratará la factura del Sistema Nacional de Salud. Y se está consiguiendo exactamente lo contrario por el proselitismo farmacéutico. La población estima el consumo de medicamentos como algo natural y cercano: lo ve en televisión a diario; todo ello al amparo de una profesión que en el medio extrahospitalario ya casi no existe, con firma de conciertos con farmacéuticos de oficinas de farmacia y no con los equipos de farmacovigilancia y farmacoepidemiología que deberían existir en los Centros de Salud.

Las consecuencias que pueden derivarse del excesivo proselitismo-consumismo de medicamentos pueden ser devastadoras en la población, sobre todo en los jóvenes. Entre los 15 y los 45 años antes casi no consumían medicinas; muchos lo hacen en la actualidad, como los abuelos 25 años atrás. Pero, ¿a quién importa eso?